5

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO EN LITERATURA

Don Luis Segundo Huidobro,

en el acto de recibir la investidura

DE DOCTOR EN DICHA SECCION.

MADRID:
Imprenta de JOSÉ M. DUCAZCAL, Plaza de Isabel II, núm. 6.

1853.

ORIGENES

DEL ARTE CRISTIANO.

Excmo. é Ilmo. Señor.

Mientras que todos los séres de la Creacion, fijos en el lugar que les fué predestinado, y en posesion del mayor bien compatible con su naturaleza, recorren tranquilamente la esfera de su accion providencial, sin esperimentar luchas ni contrariedades que los aparten de su camino, el hombre solo, creado para mas altos destinos que los que puede realizar en la tierra, se agita, víctima del antagonismo fatal, que existe entre sus aspiraciones casi infinitas y sus facultades incompletas y limitadas; y anhelando siempre por un tipo ideal y perfecto, que no le es dado alcanzar, intenta con mas ó menos éxito aproximarse á su posesion.

La ley del órden absoluto, de ese órden que fué destinado á comprender, y que le ha oscurecido su falta original,

se revela vagamente á su alma bajo la triple categoría de órden inteligible, sensible y voluntario, ó sea de verdad, belleza y bien; y su inteligencia, su sensibilidad y su voluntad aspiran á aproximarse á él, por medio de la triple série de la ciencia, el arte y la moral. La síntesis de esas tres aproximaciones es la civilizacion, ese gran movimiento de la humanidad, uno en su objeto y vário en los sistemas que se adoptan para conseguirlo, que empezó el dia en que el primer hombre salió por su culpa del órden absoluto, que viene continuándose con alternativas de adelanto y retroceso al través de los tiempos, y que solo tendrá término cuando acabe con el mundo la época expiatoria impuesta á los descendientes de Adan.

Toda civilizacion tiene, pues, un carácter filosófico, un carácter artístico y un carácter moral, unidos por estrechas relaciones, como que no son en realidad sino tres distintas formas de una misma aproximacion hácia el órden obsoluto. La religion no está en ninguno de esos círculos; los comprende á todos, porque siendo la suma de ciertas revelaciones acerca del órden superior y divino, constituye el fondo mismo, la misma esencia de la civilizacion, é imprime su sello á todo el sistema de aproximaciones.

Por eso, cuando se cumplieron los tiempos, y fueron reveladas á la humanidad las grandes verdades acerca de su orígen, su naturaleza y su fin, cuando el Verbo de Dios rasgó los velos emblemáticos, que cubrian en la Ley antigua el Arca Santa de la Fé, y fué patente al mundo cuanto de la esencia divina puede entender la débil razon humana, al par con una nueva ciencia y una nueva moral debió nacer un arte nuevo, forma de la aproximacion hácia la belleza mas ideal, que concebia ya el espíritu de los hombres. Pero esa nueva forma no podia aparecer sin transiciones,

porque no es obra de un momento cambiar el curso de una civilizacion de muchos siglos. Examinar rápidamente esa transformacion es lo que me propongo en estas páginas, que tengo la honra de someter al ilustrado juicio de V. E.

Corría el siglo VIII de Roma, cuando la estrella misteriosa de Bethleem anunció al mundo la nueva luz, que venía á alumbrarlo. Eran aquellos los tiempos de la mayor grandeza de la ciudad eterna; las águilas habian cubierto con la sombra de sus alas todas las regiones conocidas, y el poder, concentrado en las manos de Augusto, aseguraba al pueblo de Rómulo en cambio de su libertad perdida una paz victoriosa. Las naciones de Oriente y de Occidente absorvidas y como fundidas en la poderosa nacionalidad romana, olvidaban sus leyes, sus hábitos, su lengua; el mundo era Roma. Así convenía á los designios de la Providencia, que quería que cuando la palabra de vida resonase en la tierra, encontrára los caminos allanados, y á toda la humanidad congregada en un solo pueblo para oirla. Las diferencias de razas, de creencias, de costumbres habian desaparecido ante el nivel sangriento de la espada romana, como habian de desaparecer ante el nivel bienhechor de la Cruz de Cristo. Eran tambien aquellos los tiempos del apogeo de la cultura de Roma: las ciencias y las artes de Grecia acudian humildes al llamamiento de la señora del mundo; Platon y Aristóteles, Zenon y Epicuro encontraban intérpretes doctos en las academias; las estátuas de Fidias y de Praxiteles adornaban los palacios de los opulentos patricios, y por todas partes se elevaban templos embellecidos con la elegante arquitectura de Jonia y de Corinto. Sin embargo, aquella civilizacion tan vigorosa y lozana en apariencia, estaba herida de muerte; cuerpo bello y magnífico al que faltaba el alma: una religion material y grosera, y una moral convencional y facticia habian agotado sus pobres y descoloridos frutos, y la sociedad á quien no bastaban se burlaba de ellas; hacia muchos años que no se creia en la virtud, y se empezaba á dudar de los Dioses.

Mientras tanto la mision de Cristo se cumplía, su palabra divina anunciaba al mundo la buena nueva de la regeneracion humana, la ley universal de amor, y para fecundar la simiente de la nueva enseñanza, su sangre corría del Calvario como un rocío benéfico. Bien pronto el gobernador de la Judea anunció á Tiberio, que el jóven hebreo crucificado empezaba á ser adorado como un Dios por gran número de gentes. El Emperador hubiera querido que la nueva creencia fuese incorporada en el informe conjunto de la religion romana, pero el Senado, que habia aceptado con complaciente tolerancia los dioses de la India, del Egipto y de la Germania, cerró á Cristo las puertas de su Olimpo. El politeismo presintió que tenia en frente á un rival implacable, con quien no cabia transaccion ni tregua, porque aspiraba al esclusivo imperio de las almas.

La religion gentil no inspiraba ya una fé viva; tenia cada dia menos creyentes, y empezaba á ser considerada por las clases ilustradas como un mero símbolo; pero estaba muy estrechamente unida á la esencia misma de la sociedad antigua, y aunque iba dejando de ser dogma, era todavía una institucion. Por eso el mundo antiguo declaró la guerra al mundo nuevo, y los sacerdotes, los sábios y los emperadores se armaron con el anatema, con el razonamiento y con la espada, para aniquilar la audaz doctrina, que aspiraba á renovar todas las bases de la sociedad. La historia de esa lucha se escribió desde Neron hasta Diocleciano con la sangre de los mártires, que corría á torrentes por toda la superficie del Imperio. Pero Dios y la verdad combatian por el cristianismo, y este, tomando fuerzas en los obstáculos y en las persecuciones, iba minando con rapidez incalculable el carcomido edificio de la sociedad gentil. Antes de terminar el segundo siglo de la era nueva

Tertuliano decia con razon: «*somos de ayer, y ya llenamos vuestras ciudades, vuestras aldeas, el senado, el palacio, las centurias; solo os dejamos vuestros templos.*» Esos templos, hubiera podido añadir el ilustre apologista, á que vosotros mismos no vais ya por religion, sino por razon de Estado. Ciento catorce años mas tarde, la Cruz resplandeció sobre las banderas romanas, y el edicto de tolerancia autorizó su culto; y antes de terminarse la cuarta centuria, el politeismo proscrito por la ley de Teodosio, pasó á su vez al lugar de religion perseguida; pero él no tenia mártires, y fué á estinguirse vergonzosamente entre la ignorancia de las poblaciones rurales, donde halló su último asilo.

Estudio es digno del mas profundo interés el de aquellos siglos de transicion, crepúsculo dudoso, iluminado á la vez por los últimos reflejos del astro gentil que se pone, y por los primeros esplendores del sol cristiano que raya en el horizonte; espectáculo único en la historia de los tiempos, el de aquella agonía progresiva del mundo antiguo, sobre cuya descomposicion nace rico de fé y de entusiasmo el mundo nuevo. No hay allí ningun límite, ningun punto en que fijar una línea divisoria, porque el edicto de Constantino, lejos de ser una innovacion, es solo el reconocimiento legal de una revolucion ya consumada. La rápida propagacion del cristianismo infiltraba su espíritu en las instituciones, en los sistemas filosóficos de la sociedad gentil, aun á despecho de ella misma. Los neo-platónicos y los gnósticos mezclan en sus delirios algo de las nuevas revelaciones, los jurisconsultos proclaman la equidad como norma primera de la jurisprudencia, atacan en su nombre las reglas inflexibles del derecho estricto y formulario, limitan la potestad despótica del gefe de la familia, preparan

la emancipacion de la mujer, mejoran la condicion del esclavo. Asi por todas partes el espíritu cristiano se revela aun en los que lo rechazan.

El arte gentil no podia plegarse á las inspiraciones nuevas, y tenia que permanecer fiel á las antiguas creencias, ó sucumbir. Nacido en el seno del politeismo, nutrido con su espíritu, acostumbrado á tomar sus asuntos en las fábulas mitológicas, á embellecer las fiestas religiosas, á cubrir con elegantes formas la moral fácil de una sociedad corrompida, resistía á toda transformacion. El templo grecoromano, abierto por todas partes á la luz, al aire libre, al espectáculo del mundo esterior, no podia servir para el culto cristiano, tan concentrado, tan íntimo, que exige la contemplacion y el recogimiento; la estátua antigua voluptuosa, material, destinada á halagar los sentidos y á presentar el modelo de la forma plástica, no podia ser imágen del asceta ó de la vírgen cristiana; la escena manchada con los cínicos chistes de Plauto, no podia resonar con las puras lecciones de la moral evangélica. Así el arte se apega con amor á la religion espirante, y le da como una segunda vida, hasta que convencido en fin de su impotencia para reanimar un cadáver, la abandona con la risa del sarcasmo, su último esfuerzo seguido tambien de su propia agonía. Despues de la religion meramente artística de Séneca y Stacio, la impiedad burlona de Apuleyo y Luciano, últimos acentos de la musa gentil.

Mientras tanto, el cristianismo fuerte por la fé, y rico de entusiasmo, se organizaba vigorosamente á la sombra del principio salvador de la autoridad. Justino, Atenágoras, Clemente de Alejandría, Cipriano, Agustin y cien otros esclarecidos varones, hacian servir á la esposicion y á la defensa de la religion, las formas de la filosofía de Platon y

de Aristóteles; los concilios legislaban sobre la disciplina y las costumbres; el dogma se formulaba á la vez en ciencia y en instituciones. La poesía nació bien pronto con el carácter lírico, primero que ostenta siempre en las sociedades nuevas y entusiastas: desde el siglo IV Gregorio Nacianceno y Basilio el Grande en Oriente, Hilario de Poitiers, Ambrosio y Prudencio en Occidente, iniciaron la gran literatura de los himnos, monumento sublime de la fé mas ardiente y de la inspiracion mas pura, mirada con desden injusto por esa mezquina crítica, que prefiere el estilo al pensamiento y la forma al espíritu.

La traslacion de la Sede Imperial á las orillas del Bósforo, llevada á cabo por el mismo Emperador que enarboló la Cruz sobre sus banderas, tiene una gran importancia en el órden político y en el artístico. En el primero representa la destruccion del patriotismo esclusivo y feroz de la antigua Roma, y el triunfo de la idea cosmopólita del cristianismo: en el segundo representa la interrupcion de las tradiciones clásicas. Colocada la nueva metrópoli en una region bárbara, sobre los límites del Asia, todos los elementos de la civilizacion oriental, como los de la griega y romana, vendrán á constituir la ciencia, las instituciones, el arte, bajo el esclusivo imperio de la idea cristiana. Esta revolucion se consuma en el espacio de dos siglos, y produce al fin por una parte el Código y las Pandectas, por otra el templo de Santa Sofía; el derecho justinianeo y la arquitectura bizantina simbolizan la fusion de los elementos dispersos de la antigüedad, en la gran unidad de la civilizacion cristiana.

Mientras tanto, se habian precipitado sobre el Occidente las tribus de la raza indo-germánica, que la Providencia

tenia destinadas para regenerar la envejecida Europa. El siglo V vió á las mas ricas regiones del Imperio caer en sus manos; la España, el Africa, las Galias, fueron ocupadas por los visigodos, los vándalos, los burgundos y los francos; Italia misma con las provincias adyacentes recibió el yugo de los ostrogodos, y no volvió por breves años al dominio de los Césares, sino para sufrir de nuevo la conquista de los longobardos.

Aquellos pueblos traían los elementos de vida que necesitaba ya el mundo decrépito; ellos debian cooperar al triunfo definitivo de la civilizacion cristiana, arrastrando como un torrente impetuoso los restos impuros de las costumbres gentílicas, que nada habia bastado á destruir. A una sociedad degenerada por el despotismo del Estado, la molicie y la corrupcion del lujo, ellos oponian su independiente individualismo, sus hábitos guerreros, y la sóbria sencillez de los campamentos: evangelizados en la infancia de su vida social, su fé no luchaba con la influencia corruptora de las tradiciones de otra religion. La simiente de la palabra divina arraigaba mas profundamente en el germano con su inteligencia ruda, su imaginacion primitiva y su corazon sencillo, que en el romano del Bajo Imperio, pervertido por sus ciencias de sofistas y sus artes degradadas. Así bien pronto, abjurado el arrianismo, involuntario error de los bárbaros, adquirido de los primeros que los enseñaron, el Occidente entero se reunió bajo la grande enseña del catolicismo, mientras el Oriente entretenido en frívolas disputas, veia multiplicarse las heregías, y se apartaba cada vez mas del espíritu de verdad.

Pero es una triste ley de la humanidad que ninguna transformacion se ejecute sin dolor, ninguna regeneracion sin sangre, y que el nacimiento de toda civilizacion nueva haya

de verificarse en medio de convulsiones, que parecen anunciar la agonía del mundo. Por eso los espíritus apocados, que solo fijan sus ojos en un punto de la historia, sin abrazar de una mirada la magnífica série del progreso humano, se pierden en inútiles declamaciones, deplorando ese inmenso cataclismo que se denomina la irrupcion de los bárbaros, olvidando que son necesarias las tempestades para purificar la atmósfera cargada de emanaciones de corrupcion.

Al clero católico, encargado de la enseñanza, como depositario de la palabra divina, unido en un solo cuerpo por la disciplina gerárquica, separado por su mision de la vida activa y guerrera, tocaba conservar las tradiciones de la ciencia y del arte antiguo, en lo que tenian de compatibles con el espíritu de la nueva religion, y acomodar á esta y á las necesidades sociales de la época las leyes y las instituciones. El Fuero Juzgo en España, las capitulares de los Reyes Francos á la otra parte del Pirineo, son los mas ilustres testimonios de la influencia civilizadora del alto clero: Gregorio el Grande, Isidoro de Sevilla, Ildefonso de Toledo, Beda, Alcuino, Pablo el Diácono, todas las lumbreras, que aparecen en la historia de las ciencias por aquellos siglos, pertenecen á la milicia sagrada. Imposible es calcular los fecundos resultados que habria producido en la civilizacion europea la alianza de la Iglesia y del Imperio, llevada á cabo por el génio de Carlomagno, si muy en breve no se hubiera visto interrumpida por las universales perturbaciones, que siguieron de cerca á su muerte.

Densas tinieblas cubrieron entonces la Europa, sometida por todas partes al derecho esclusivo de la fuerza, y la anarquía feudal invadió tambien al clero, cuyos dignatarios, ávidos de poder y de riquezas, recibian con la investidura de manos de los soberanos temporales la señal de la vergon-

zosa sumision del espíritu á la materia. Los obispos abandonaban sus iglesias para marchar á la guerra bajo la bandera y el patronazgo militar de los príncipes, ó asistir en las córtes, y si volvian á sus diócesis era para ejercer los derechos tiránicos del señor feudal, y no el ministerio de paz y mansedumbre del pastor de las almas. Pero la Iglesia en su espíritu de vida tiene una institucion salvadora que oponer á cada calamidad; el depósito de la ciencia, el ministerio de la enseñanza, y la regla de las costumbres se conservaron en los monasterios. Monte Cassino, Cluny, San Gall, Paderborn, Fulda, Hildesheim, hé ahí las páginas doradas de la civilizacion durante los siglos de tinieblas.

Pero para que volviese á emprender su carrera majestuosa, interrumpida por el espacio de dos siglos ¿qué era necesario? La entronizacion del poder religioso sobre el temporal, de la idea sobre la fuerza, del espíritu sobre la materia. Para ese gran triunfo la Providencia suscita á un hombre de grande aliento, de alma enérgica y vigor incontrastable, á quien da la constancia de los héroes el convencimiento profundo de la dignidad suprema de su mision, y de la santidad de su objeto. Ese hombre es el monge Hildebrando, cuya colosal figura nos aparece como un astro de luz en medio de las densas sombras del siglo XI. Por sus consejos, el conde de Habsburgo, Papa designado por el Emperador, va como humilde peregrino á implorar los votos del clero y pueblo de Roma; bajo su direccion se eligen los cuatro Pontífices siguientes con entera independencia, á despecho de las amenazas de la corte imperial, el voto universal le llama al fin á la silla de San Pedro, y ante Gregorio VII tiemblan las potestades de la tierra. Destruye la simonía, que infestaba la Iglesia con indignos servidores, afirma la casi olvidada ley del celibato, primordial de la gran monar-

quía eclesiástica, y que elevando al sacerdote sobre las flaquezas y los intereses de la humanidad le coloca enteramente al servicio de la idea divina; en fin, con un acto de valor inconcebible, para quien no comprenda la fuerza de la conciencia, se atreve á herir por la base el edificio feudal, y anatematiza las investiduras. La lucha que entonces se declara entre la Iglesia y el Imperio se continúa por muchos años con vário resultado; ora Enrique IV abandonado de sus pueblos se prosterna ante el anatema que hirió su frente, ora el gran Pontífice, fugitivo ante las armas germánicas, muere en el destierro, pero sin desesperar de su grande y salvadora idea. Ella le sobrevive, y vencedora al fin, da por resultado el hecho que simboliza la absoluta sumision de la fuerza á la religion y de la materia al espíritu: las Cruzadas.

Bajo tales auspicios se inaugura el siglo XII, que con el siguiente está destinado á presenciar el desarrollo de la ciencia y del arte bajo la tutela de la fé. Anselmo de Cantorbery, Bernardo, Pedro Lombardo, Alberto Magno, Tomás de Aquino y Juan de Fidanza forman la áurea cadena de los teólogos filósofos, mientras que Graciano y Raimundo de Pennafort recopilan las leyes de la Iglesia, cuyo espíritu de evangélica equidad modificando la severidad estricta y formularia del derecho romano, dicta á nuestro Rey Sábio el admirable código de las Partidas. En las universidades, que por todas partes se crean, elocuentes intérpretes comentan los libros de Aristóteles y las leyes de Justiniano, los teólogos, primeros cultivadores del derecho natural, dictan reglas severas á las potestades de la tierra, y asientan con admirable independencia la doctrina de las libertades políticas, y un monge oscuro anuncia casi todos los descubrimientos físicos de que se vanagloría nuestro siglo.

En medio de aquel movimiento universal de las inteligencias, busquemos ya el carácter artístico de la época.

De todas las bellas artes, la arquitectura es la que mejor espresa el sentimiento colectivo de una sociedad, y sobre todo si ese sentimiento es el religioso. Un templo no es la obra individual de nadie; es la forma espontánea que reviste la aspiracion universal, es el símbolo mas completo, la espresion sintética de una civilizacion, en que predomina una gran creencia. Por eso apenas el cristianismo tuvo vida pública y esterior, apenas le fué lícito celebrar su culto fuera de las catacumbas, le vimos desdeñar los templos paganos, y consumar al fin la transformacion de la arquitectura greco-romana, bajo las dos formas bizantina y lombarda. Pero aquellos tipos eran todavía de transicion, como lo fueron durante los ocho primeros siglos todas las creaciones del arte, influidas poderosamente por la tradicion clásica; solo despues que el giro de los tiempos hubo roto de todo punto su cadena, pudo la arquitectura cristiana aparecer con su carácter propio y definitivo, en la forma ogival, que se conoce con el nombre de gótica.

Las misteriosas relaciones que existen entre esas catedrales, monumento sublime de los siglos medios, y el dogma católico á cuyo culto se consagraron, se sienten mas bien que se esplican; pero no es tampoco imposible indicarlas á la crítica filosófica. La unidad severa del conjunto, con la infinita y rica variedad de los pormenores, simbolizan á la vez la adoracion del Dios único, y el culto secundario á los espíritus puros y á los héroes de la religion. La figura apuntada del arco ogival, la elevacion inmensa y progresiva de las naves, la terminacion aguda y piramidal de esas flechas atrevidas que rasgan las nubes, son emblema digno del éxtasis, que desprende al espíritu de la tierra, y lo ab-

sorbe en una aspiracion pura hácia la divinidad. El cerramiento de los costados del templo, la oscuridad del santuario, inclinan á la meditacion, al recogimiento y al olvido de las cosas del mundo esterior. En fin, esos grotescos, esas figuras deformes, que asoman aquí y allí en los frisos y capiteles, recuerdan al cristiano el poder funesto de los espíritus de tinieblas, contra los que debe armarse con la fé y la oracion.

La pintura, la escultura y la música, animadas por el mismo espíritu, agrupaban sus maravillas al rededor de esos inmortales monumentos, ora colorando las vidrieras de sus ventanas, ora cubriendo con millares de estátuas los pórticos y retablos, ora animando con los solemnes acentos del órgano las bóvedas sagradas. Así las góticas catedrales, museos de todas las artes, hijas de la mas pura inspiracion y de la fé mas ardiente, son una elocuente página, que protesta contra el dictado de barbarie, que una época incapáz de comprenderlos ha lanzado contra los siglos, que supieron crear las maravillas de Colonia, de Strasburgo, de Chartres, de Reims, de Westminster, de Leon, de Toledo y de Sevilla.

La poesía, espresion completa de todos los sentimientos individuales y sociales, no sufrió una transformacion menos profunda al soplo regenerador del cristianismo, que elevaba el alma humana, y cambiaba de todo punto las bases de la sociedad. El hombre, en el mundo antiguo, desaparecía ante dos despóticas potestades que se disputaban su alma y su cuerpo; el destino, que anulaba su voluntad, y el estado, que absorbía su individuo. Por eso en la literatura antigua los personages no tienen mas valor que el de instrumentos de los grandes sucesos á que cooperan; sus cualidades, sus virtudes, sus vicios, todo cuanto constituye su personalidad,

inspira un interés muy secundario, y subordinado siempre al interés de la accion. En el mundo moderno al contrario, el gran dogma del libre albedrío enaltece la dignidad del hombre, y el sistema político de los pueblos septentrionales, protege la independencia individual. Así en la literatura moderna los personages son lo esencial, y los sucesos solo tienen importancia en sus relaciones con ellos, carácter distintivo que separa la poesía clásica de la romántica, y que da por tipos á la primera la tragedia y la epopeya, y á la segunda la leyenda, la novela y el drama.

La emancipacion de la mujer, nacida tambien del cristianismo, y fácilmente aceptada por las costumbres germánicas, viene asimismo á transformar la poesía, idealizando el amor, y purificando la mas rica fuente de las emociones humanas. El héroe gentil codiciaba á una mujer y pretendia su posesion como la de un objeto de capricho; el caballero cristiano la ama, quiere merecerla, aspira á conseguir su cariño, y ese culto ideal le dicta honrosas hazañas.

En fin, las Cruzadas, vienen á confundir en una sola las dos grandes aspiraciones de aquella sociedad, la religion y la guerra: el convencimiento de militar bajo la bandera de la verdadera fé, por la causa del mismo Dios, exalta hasta el último grado el valor de los paladines de la Cruz, y hace posibles á su esfuerzo las mas maravillosas empresas.

El sentimiento religioso, el amor puro y la independencia individual, hé ahí los tres elementos que constituyen la literatura caballeresca, y que unidos á las tradiciones maravillosas del génio oriental, traidas por los cruzados de aquellas regiones, dan orígen á las leyendas del Santo Grial, de la Tabla Redonda, á la crónica fabulosa de Tur-

pin, y á todas esas tradiciones que inmortaliza mas tarde Ariosto.

España, la hija predilecta de la imaginacion y del génio, no habia seguido con huella acompasada la marcha del resto de Europa: su civilizacion le pertenece casi exclusivamente. Desde el siglo VIII invadida por los árabes, concentró sus fuerzas para conservar su nacionalidad, su fé, y reconquistar palmo á palmo su territorio: el combate fué su existencia entera, hasta arrojar á los sectarios del Coran á la otra parte del Tajo. La alianza de la religion y de la guerra, que tanto interés presta á la literatura caballeresca, existía aquí mucho antes de la época de las Cruzadas, y dió orígen á esos romances, nuestra epopeya nacional, que transformados cien veces, segun las necesidades del lenguaje, conservan todavía las señales características de su espontáneo y temprano nacimiento. La conquista del reino toledano, llevada á cabo en el undécimo siglo, dando á los cristianos españoles una frontera robusta y un territorio considerable, les permitió dedicarse al cultivo de las ciencias y las artes; mientras que la posesion de aquella ciudad ilustre, empório de la civilizacion arábiga y hebrea, introducía en la española los elementos propios de las razas semíticas, á favor de la tolerancia, de que entonces por primera vez dan testimonio las capitulaciones, que otorgaron á los árabes toledanos el ejercicio de su culto. El orientalismo no es estraño al espíritu de la religion cristiana; los hijos del Evangelio lo somos tambien de la Biblia, y el sol ardiente de España exalta la imaginacion y el sentimiento como en las llanuras de Palestina y Arabia. Así nuestra poesía recibió fácilmente ese especial colorido de los pueblos orientales, que muchos siglos mas tarde respira todavía en Herrera, en Calderon y en Gón-

gora; que hoy mismo imprime su sello á los acentos inspirados de mas de un poeta contemporáneo.

Imposible sería en los estrechos límites de este discurso, seguir paso á paso el desarrollo de las literaturas tan variadas y tan originales de las naciones de Europa hasta fines del siglo XIII. Séame lícito sin embargo decir una palabra sobre la obra jigantesca que representa el mas acabado símbolo del arte cristiano, la Divina Comedia.

La gran idea católica, dominando sin rival sobre Europa, habia subordinado á su imperio todas las tendencias sociales, todos los intereses humanos: la luz y la vida emanaban de ese centro de una poderosa unidad. Entonces el genio de Dante realiza igual pensamiento en el órden artístico, por medio de ese poema sin modelo, sin rival, sin imitadores, en que se desarrollan todas las pasiones y todos los aspectos de la vida humana, iluminados con el misterioso reflejo del mundo sobrenatural. Millares de sombras ilustres ó desconocidas, benéficas ó culpables se presentan ante los ojos del lector, pero este antes de conocer sus hechos sabe ya si han merecido premio ó castigo: el interés que inspiran no se detiene en su destino terrenal, se estiende hasta mas allá de los tiempos, y ante ese punto de vista infinito, palidecen todas las emociones humanas. Al simpatizar con los tiernísimos amores de Francesca di Rimini, al compadecer los tormentos paternales de Ugolino, nuestro corazon se siente helado de espanto por el recuerdo de la fatal inscripcion, *dejad toda esperanza.*

Allí concluye la época puramente original del arte cristiano. Le hemos visto en la infancia, transformar lentamente el arte antiguo, y crear tipos de transicion, influidos todavía poderosamente por las tradiciones clásicas; le hemos visto conservado mas tarde en el silencio de los monaste-

rios, en medio de la anarquía y de las tinieblas del feudalismo; le encontramos ya jigante á fines del siglo XIII en las catedrales góticas y la Divina Comedia. Va á empezar para él una nueva época, en que la reforma religiosa por una parte, y el renacimiento de los estudios clásicos por otra, romperán la cadena de esa sucesion no interrumpida antes, introduciendo en la civilizacion europea nuevos y estraños elementos, de cuya combinacion habrán de nacer, la basílica de San Pedro en Roma, el poema de Tasso, y las trajedias de Corneille y Racine.

Pero el exámen de esa época del renacimiento clásico, está fuera del cuadro que me he trazado al concebir el plan de este discurso, en el que solo me he propuesto examinar los orígenes del arte cristiano. Asunto demasiado vasto para mis débiles fuerzas, para mis escasos conocimientos y para los límites estrechos de un opúsculo de esta naturaleza, solo ha podido animarme á tratarlo lo interesante y poco estudiado de la materia, y la indulgente benevolencia con que el ilustre Cláustro de la UNIVERSIDAD CENTRAL sabe acoger los primeros ensayos de una pluma inesperta todavía.

Madrid, junio de 1853.